

Perdido

Ayelén Caparra

Image not found.

Capítulo 1

Me desperté de golpe, en un lugar oscuro, que yo no conocía, miré a mi alrededor, en busca de algo que me indicase dónde estaba, pero lo que hallé fue peor de lo que podía imaginar. Yo, o, al menos, mi cuerpo, estaba tirado en los comienzos de un hediondo callejón, tieso, con un hilo de sangre recorriendo mi rostro. No entendía qué sucedía, ¿acaso seguía soñando? Lo último que recordaba era haberme peleado con mi novia e haber ido a buscar consuelo con las copas de un bar. Me acerqué sigilosamente a mí mismo, con miedo a qué pudiese ocurrir. Me observé de cerca, estaba pálido, no parecía respirar, parecía que estuviese... ¿muerto? Había leído sobre esto y visto escenas en muchas películas, pero nunca creí que fuese real. ¿Acaso podía esto estar pasándome a mí?

-¿Por qué? –me pregunté en voz alta.

-La pregunta nunca es "por qué", sino "para qué" –respondió una voz detrás mío.

Una figura masculina era quién hablaba. Estaba seguro de no haberlo visto nunca antes, aunque, aún así, me resultaba conocido.

-¿Quién eres? –indagué.

-¿Importa? –fue toda su respuesta-. No vine aquí a contarte mi historia, sino la tuya. ¿Quieres escucharme o prefieres seguir tu camino?

No sabía qué decir, seguía sin entender lo que realmente sucedía. Sin embargo, algo en mi interior me susurró que le escuchase, que estaba allí para ayudarme.

-Sí, quiero –susurré.

-Bien, entonces, siéntate –ordenó señalando un lugar en el piso al lado suyo. Dudé sobre qué hacer, pero finalmente decidí que, ya fuera estuviese muerto o dormido, la mugre no importaría-. ¿Sabes cómo llegaste hasta aquí? ¿Hasta esto, mejor dicho?

Negué con la cabeza.

-Lo último que recuerdo es estar bebiendo unos tragos.

-Unos cuantos, muchos más de los que deberías haber tomado. Te emborrachaste en gran manera y saliste solo del lugar donde estabas. Caminaste apenas unos metros y unos maleantes se acercaron a ti, querían tu dinero y tú estabas tan borracho que te pusiste a pelear con ellos, inconscientemente. Te golpearon duramente, se llevaron tu dinero y

te dejaron aquí, agonizando.

-¿Eso significa que sí estoy muerto? –me dio un vuelco el corazón.

-No me interrumpas –dijo seriamente-. Todo a su tiempo... Como te estaba diciendo, te dejaron aquí agonizando. ¿Y sabes por qué bebiste tanto?

-Por una mujer –contesté.

-No, porque no te quieres –contradijo-. Tú no bebiste porque la mujer te dejó, sino porque pensaste que era correcto que lo hiciera, que nadie debería estar con un perdedor como tú. Que no es raro que te abandonase, como lo hicieron tus padres de pequeño contigo, que vaya a saber uno por qué motivo se marcharon y te dejaron con una tía anciana, quién nunca te dio amor y siempre se opuso a darte respuestas, incluso hasta el día de su muerte. Desde pequeño creciste en una historia de desamor, construyendo dentro tuyo la creencia de que no valías, que no eras digno de ser amado. Y por esto mismo no te amas, valoras o cuidas. Por esto mismo aceptas que las personas abusen de ti, que te traten de manera ingrata y te abandonen en repetidas ocasiones, mientras tú haces todo lo posible por conseguir un poco de atención. Buscas el amor en el lugar equivocado, nadie podrá darte lo que no te des a ti mismo. Nadie podrá amarte si tú no lo haces contigo mismo. Porque amarte es aceptarte, tal cual como eres, con las cosas que te gusten y las que no de ti, y, por ende, valorarte, cuidarte. Te expones a riesgos como los de hoy simplemente porque tu vida no importa para ti, porque te sientes vacío, perdido. Ahora bien, has conseguido lo que querías, tu cuerpo está muriendo. Dime, ¿eres feliz con eso? ¿Esa idea te agrada?

Mi mente estaba paralizada. No entendía por qué, ni cómo, pero todo lo que este individuo me acaba de decir cuadraba con la historia de mi vida, era totalmente real. Pero recién ahora, en estos momentos, con la muerte a mis espaldas, podía darme cuenta de que esto no era lo que deseaba para mi vida, no en absoluto.

-No, me has hecho darme cuenta de que no es lo que quiero o lo que nunca quise para mí, pero qué, de alguna manera, inconscientemente, así lo buscaba. Aunque supongo que ya es demasiado tarde para lamentarlo, ¿verdad? –pregunté con un gesto de tristeza.

-Nunca es demasiado tarde –contestó señalando hacia donde se encontraba mi cuerpo. Allí junto a mí, había una persona sosteniendo mi mano y un celular en la otra. En ese mismo instante llegó una ambulancia y esa persona se puso a hablar con uno de los enfermeros que bajaron de la misma, mientras que los otros me cargaban en una camilla-. Ahora ve, recupérate y asegúrate de hacer que tu vida valga la alegría y no la pena.